

IDENTIDAD Y CAMBIO: LOS ROSTROS EN MOVIMIENTO

Víctor Flores Olea

En la variedad del mundo actual aparece con rara insistencia el tema de la identidad. Como si se sintiera el peligro de la desintegración, y requiriéramos un escudo que preservara nuestra memoria y personalidad. Paradójicamente la modernidad combate esta memoria y se concentra en el acontecimiento inmediato, en el cálculo del corto plazo.

Visto así, el tema de la identidad recoge ecos de las doctrinas freudianas y del existencialismo, que buscan, entre otras certezas, que el hombre evite las tendencias hacia su desintegración, que rompa los obstáculos que lo desvían de la autenticidad. En cuanto a la historia propiamente dicha, se han mencionado siempre a las civilizaciones, culturas o naciones como puntos de referencia que han definido el desarrollo de los pueblos.

Naturalmente que también se menciona la “identidad” de una cultura, pero nunca pensando en que sus rasgos definitorios revelaran una esencia fija. El trazo de las culturas y de las civilizaciones ha servido para identificar evoluciones amplias, no para sostener el carácter permanente de los pueblos, la inmutabilidad de su temperamento, el freno de su historia.

En el caso del nacionalismo mexicano, reúne pinceladas que han sido descritas desde hace tiempo: entre otros factores, el aislamiento como producto de humillaciones y traumatismos históricos, desde la conquista hasta una suerte de soledad reactiva ante lo extranjero, ya fuera España, Francia o Estados Unidos.

Pero lo importante es que, con sus claroscuros, el nacionalismo ha sido una de nuestras maneras de vivir, una de las pocas fantasías que hemos cumplido. Naturalmente, no pretendemos hacer la tipología de las diferentes versiones del nacionalismo en México. Simplemente repetimos que la Revolución

Mexicana, tal vez por su carencia de un cuerpo de doctrina fijo y rígido, y de su flexibilidad ideológica y política, fue la matriz de nuestro actual nacionalismo. Dos fueron sus razones principales: el rescate, en favor de la Nación, de los recursos naturales, y un coherente esfuerzo educativo y cultural (con Vasconcelos y el muralismo) que reconoció los valores de nuestro pasado prehispánico y la realidad y vigor de las etnias, menospreciados en cierta forma por las corrientes liberales del siglo XIX, y más aún por el porfirismo. En ciertos momentos ese nacionalismo ha sido también obstáculo para la difusión de ciertas tendencias universales en nuestro país, así como para el nivel de la discusión en muchos aspectos de la vida pública, no siempre suficientemente informada.

Como toda historia la nuestra es también una historia de imágenes e interpretaciones. En estos tiempos parece un hecho la revaloración y exaltación de las culturas prehispánicas, en respuesta a las miradas hacia afuera que habían prevalecido durante el siglo anterior. Así, hemos afirmado nuestra "pertenencia" a una historia más amplia, que tendría su origen en el pasado remoto de los pueblos indígenas (aún existentes) a quienes se reconoce originalidad en las culturas y un gran arte; ambos serían hoy parte constitutiva de la historia "actual" del pueblo mexicano, de su ser presente.

Después de la Revolución siguió la polémica entre nacionalistas y partidarios del cosmopolitismo, y en su mejor versión, de quienes han sostenido que México no puede permanecer ajeno a la creación universal y aislado de las corrientes del pensamiento contemporáneo.

Sin embargo, hoy la cuestión ha evolucionado por otros caminos: los "tentáculos" de la modernidad o, si se prefiere, de una industrialización dirigida primordialmente al consumo, no tienen fronteras. Su lógica consiste en penetrar sin obstáculos, siendo demasiado frágiles las barreras del pasado e incapaces de resistir su exigencia de "universalidad" estandarizada. No sólo es el caso de México, sino que es un fenómeno de carácter general, mundial. Las tradiciones, en todas partes, se desvanecen y "corrompen". La razón técnica y su expresión más inmediata: el consumo, reclaman sus derechos y transforman todas las otras formas de vida, las civilizaciones tradicionales.

La pregunta fundamental se refiere a la propia civilización industrial, la que inquiere sobre su "racionalidad", su sustancia; esta interrogante es la que pone una señal de alarma en el hecho de que, al entrar al siglo XXI, tengamos en todas partes formas tan precarias, y aun deleznable, de organizar la vida.

En un mundo de varios pisos, de grupos tan desiguales en cuanto a sus tiempos históricos, el choque de las culturas es una realidad inevitable. Agudizado el fenómeno por el desequilibrio de las economías que ha propiciado una nueva era de intensas migraciones, del Sur al Norte y del Este al Oeste. Tal fenómeno originará seguramente un tiempo de intensa mezcla de culturas, de nuevos mestizajes y formas de vida en que, sobre todo en ciertas regiones, se combinarán y entrelazarán las culturas tradicionales con las nuevas, aquellas

propias de la industrialización y la modernidad. ¿Cuál será el resultado? Es impredecible. Sin embargo, podemos decir que el norte de México y el sur de los Estados Unidos, sobre todo California, es ya un verdadero “laboratorio del futuro”, no sólo por la migración hispánica sino por la abundante población asiática.

El proceso de la industrialización y la urbanización, que se expandieron en México después de la Segunda Guerra Mundial, contribuyeron como nada a desvanecer las expresiones más provincianas y cerradas del nacionalismo mexicano. Ese proceso de secularización, como también podríamos llamarlo, que se desarrolla en las décadas de los sesenta y los setenta, abrió el paso a la “modernidad” y dio lugar a nuevas formas de vida que cambiaron, en más de un sentido, el panorama mexicano.

Se han modificado los valores y las actitudes, los comportamientos y los trabajos, los puntos de referencia y las expectativas de muchos jóvenes, sobre todo. Hasta el punto en que Carlos Monsiváis ha dicho que “ya está aquí la primera generación de estadounidenses nacida en México”. En todo caso llegó la primera generación que no se ha sentido obligatoriamente atada a los valores ancestrales y a la necesidad de conservar estilos e imágenes del pasado.

Este impacto de la “modernidad” está vinculado a las formas de publicidad y consumo que principalmente nos llegan de los Estados Unidos. Tal revolución de valores ha modificado el comportamiento de las últimas generaciones, que no sienten la misma urgencia de las anteriores por afirmar identidad y estilos nacionales. Por definición, la “modernidad” implica internacionalismo, y un trato con “lo extranjero” como si fuera propio, es decir, una visión en que se diluye lo extranjero para convertirse en una casa común, en la normalidad de la vida diaria y de las actitudes cotidianas.

Imagino que difícilmente hoy un joven de nuestro país se preguntaría por la definición “del mexicano”, por los rasgos que lo separan del resto de sus coetáneos. Al contrario, es muy probable que se pregunte por aquellos valores, sentimientos y conductas que lo hacen **idéntico** al resto de los jóvenes de cualquier parte del mundo. Esta **simultaneidad** es el horizonte de su vida, de su psicología. Tal vez para las generaciones anteriores la **distinción** y la **peculiaridad** eran el signo del auténtico ser; hoy, la **semejanza** con el resto de los contemporáneos es el verdadero signo de la existencia, del “estar en el mundo” de los jóvenes.

En algunas esferas de la población se han asimilado actitudes y valores de la “modernidad”, aun cuando falta su actualización en instituciones e ideologías (Merquior). No puede hablarse del país en su totalidad, porque el proceso de las transformaciones nunca es homogéneo: el sector rural está más próximo a la tradición que las áreas urbanas, aun cuando los medios de comunicación masiva producen también impacto en el sector campesino.

En México, los procesos de la modernización han sugerido pérdida de la identidad y abandono de las “esencias” nacionales. Ese sentimiento de despojo

y falsificación, aunado a la negociación y firma del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá, ha traído nuevamente a primer plano la discusión sobre la “identidad cultural”, que es una forma oblicua del alegato nacionalista.

Habría, según los grupos, diferentes modos de percibir la invasión de la modernidad. Para los más jóvenes (no sólo de las clases medias y altas urbanas), es el medio en que se han educado, su referencia acerca del bienestar y la civilización. Pero al interior de una sociedad en que se ha difundido la idea de **identidad cultural**, un acuerdo como el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá levanta, casi por necesidad, las más enconadas sospechas.

Desde luego debemos recordar el volumen de nuestro comercio global con los Estados Unidos, que ha oscilado en alrededor del 70%; con Canadá es más modesto y desde luego no incluye el temor de la penetración cultural. Ante estas magnitudes, pudiera pensarse que, aun incrementándose el vínculo económico, la relación de dependencia con los Estados Unidos ya no se transformará **cualitativamente**.

Se han expresado varios argumentos. Uno dice que siendo tan “singulares” y vigorosas las culturas tradicionales y populares de México, difícilmente se doblegarán ante el “consumismo” y la publicidad estadounidense. Otro afirma que, más allá de la personalidad de nuestras culturas, el TLC será el vehículo de una mayor explotación y aprovechamiento no sólo de los recursos naturales de México, sino de nuestra mano de obra, estilos de vida, valores. Otros más sostienen que, en tal “choque de culturas”, la mexicana “contaminará” también a la estadounidense, estableciéndose combinaciones originales y novedosas.

Esto nos lleva a una consideración más radical: al hecho de que, como en un espejo de muchos rostros, la historia obliga a cada país a recomponerse continuamente, a hacer y rehacer sus características, hábitos y costumbres; a cambiar sus máscaras y psicología, a variar su alma y destino. Diríamos que, por definición, la identidad es mutante: cada país, como cada persona, tiene diferentes **yos**, diversas identidades, infinidad de laderas, una superposición prácticamente inacabable de capas y vetas, de personalidades que también los definen.

Sólo la perspectiva histórica nos proporciona la ilusión de la identidad. ¿Existe en la historia una “identidad” más definida que la de los griegos del siglo V antes de C.? Y, sin embargo, para los portadores de la tradición en aquel momento se perdían los rasgos de la “original” Hélade: bajo la influencia cruzada y arrasadora de egipcios y norafricanos, indús, de los herederos de las culturas mesopotámicas y de Asia Menor, de las tribus bárbaras del norte de Europa, de los primitivos habitantes de Lazio. Aquellos helénicos probablemente vivían en el caos de las mezclas y las influencias perniciosas. Y, sin embargo, precisamente llamamos hoy Grecia clásica al resultado de esa amalgama y de

esa dinámica angustiante para quien la vivió de cerca, a esa madre y modelo de la cultura y de la civilización occidentales.

Lo anterior significaría que, por definición, la cultura es siempre el resultado de un mestizaje, hija de la combinación de elementos afines y aun contradictorios y opuestos. En cada momento la cultura y la tradición se componen y transforman, se exploran a sí mismas y modifican su rostro, viviendo y muriendo. Es imposible suspender la esencia cambiante de la historia y la naturaleza de la cultura, múltiple concentración que jamás es idéntica a sí misma.

Decíamos que en el futuro, las grandes migraciones marcarán también las "identidades" de los países que hoy se consideran portadores de la cultura occidental. ¿Hasta qué punto? Ya vimos que nadie tiene certificado de identidad y que la historia produce inesperadas ironías. No solamente eso: los propios medios masivos difunden estilos, formas de vida y valores que militan en contra de tales "identidades", proponiendo gustos, aficiones, tendencias "exóticas" y mezclando tiempos históricos diversos. En la inmensa variedad de las culturas "mestizas" que forman la cultura universal de nuestra época, que **son** nuestra época y **todas** las épocas, las "identidades" apenas son límites y puntos de referencia. La combinación triunfa, el juego de los espejos es la vida diaria, los filtros se imponen.

Hay desde luego espacios en que la síntesis se expresa claramente. Mencionábamos ese universo de laboratorio del futuro que es el sur de California (y varios puntos de contacto de la frontera norte mexicana con los Estados Unidos). Allí surgen nuevas formas de vida, originales culturas, hasta nuevos tipos humanos, transformándose los lenguajes y renovándose las maneras de actuar. Desconozco si los próximos mestizajes culturales en el mundo se parecerán, por su intensidad y vastedad, a lo que ocurre en esa amplísima frontera entre México y Estados Unidos. Pero pienso que ese fenómeno es un adelanto del porvenir, una señal del futuro.

Una señal del futuro mexicano, que será acelerado por el Tratado de Libre Comercio. Otra vez nos esperan probablemente grandes simbiosis y transformaciones, como las que hemos vivido durante siglos. Unos las recibirán con entusiasmo; otros, como si fuese una terrible catástrofe. Para estos últimos, el propósito de conservar las esencias nacionales estaría llegando a una crisis insoportable, a un despenadero insalvable, sin marcha atrás.

No hay duda de la originalidad y fuerza de las culturas prehispánicas, y de la que resultó de su combinación con la europea y la de otros continentes en la Colonia y la Independencia. Ellas marcarán con su personalidad a las nuevas sociedades "mestizas" de la región. Sobre todo que, ante la vocación estandarizadora del consumismo y de los medios masivos de propaganda, aparece en diversos lugares una nueva voluntad de regresar a los valores regionales y comunitarios.

Es decir, no el triunfo de la "nivelación igualadora" de la publicidad, sino

un principio de autoconservación de la persona y de sus grupos “naturales” más próximos. Esta es la tendencia que se impone en diferentes continentes y regiones, favoreciendo los valores de la tradición histórica de México, pero no como algo “aislado” que se preservara en un estado de “pureza”, sino como los valores, las imágenes y las visiones del mundo (de la vida y de la muerte) que son también capaces de “hablar” a otras culturas, a los hombres de otras experiencias y otras sensibilidades. Su afirmación no será el resultado de la “preservación” solitaria y aislada, del **ghetto** cultural, sino de su fuerza misma de persuasión, de su capacidad de “descubrimiento” del mundo a los ojos de los demás, de los ajenos. Únicamente esas razones evitarán que, en las nuevas amalgamas de la cultura, se desvanezcan nuestros valores y características, sin excluir que puedan reaparecer tomando otras formas y viviendo otras encarnaciones.

Naturalmente que la preocupación mayor surge en el ámbito de las industrias culturales, en primer término de las audiovisuales: el video, la cinematografía, la TV, la TV por cable y por satélite, la radio. Esta es una de las fuentes más importantes de penetración y distorsión de los valores culturales de nuestra tradición. El problema es que en México no se ha dado todavía una acción seria para proyectar los elementos de la cultura mexicana a la población hispanoparlante de los Estados Unidos; además, para elaborar “una cultura propia” del audiovisual que signifique una alternativa real a los programas que se reciben de ese país (con la relativa excepción del cine y, en alguna medida, de la radiodifusión).

Más allá de los aspectos económicos y tecnológicos de la cuestión, en que los Estados Unidos conservan una clara superioridad mundial, la cultura del consumo no sólo es “enemiga” de la “identidad” de los mexicanos, sino de la cultura **tout court**. Es decir, socava también las bases de la gran cultura norteamericana, que tiene significados **opuestos** a los de las industrias del entretenimiento. (Pero ¿no hay una cultura “contemporánea” que difunden precisamente las industrias culturales? Recordemos que Adorno, el crítico acervo de esas culturas, decía que hoy una cultura sin pasar por las industrias culturales tenía necesariamente algo de reaccionaria).

En este punto sugeriría la necesidad de estrechar los vínculos de instituciones y personas de la cultura mexicana con las “fuentes” de la gran cultura y del arte de los Estados Unidos.

Pero el problema mayor del Tratado de Libre Comercio en cuanto penetración cultural se refiere a la informática y a los sistemas de comunicación, en que difícilmente podemos competir o proponer alternativas “propias”. La “codificación” está hecha con tecnología de fuera, en el idioma inglés, y las grandes bases de datos corresponden a servicios estadounidenses. Aquí, correspondería utilizar esa tecnología para nuestros propios fines, para la difusión y el mejor conocimiento de nuestro arte y cultura.

En el aspecto político, en cambio, deberíamos enriquecernos por el mayor

contacto y cercanía con una comunidad que de suyo actúa en la dirección de las observaciones de Tocqueville. Pienso que México debería salir reforzado **democráticamente**, aprendiendo de la experiencia participativa de una sociedad “abierta”. En México todavía impera un régimen político altamente patrimonialista, vertical. El avance de la sociedad civil se opone cada vez más a los controles jerárquicos tradicionales, “desde arriba”; podríamos entonces recibir una experiencia democrática profunda que nos ha hecho falta.

Es decir, más allá de las discriminaciones que sufren las comunidades étnicas en los Estados Unidos (los negros, pero también los hispánicos), y de una política general construida sobre la influencia determinante de los medios de difusión, seguiremos aprendiendo allí aspectos esenciales de la democracia: la necesidad de la expresión libre, las posibilidades que ofrecen las diversas formas de asociación autónoma, también las iniciativas espontáneas, no dirigidas, de la sociedad civil. Todo esto sería ganancia para nuestra identidad, para la **nueva** identidad de los mexicanos.

Para finalizar, reitero que sólo hay una manera de que la cultura, **cualquier** cultura, cobre vigor y se renueve: el intercambio, la apertura, el contacto con las **otras** culturas. Una cultura encerrada en sí misma muere y se asfixia, está destinada a desaparecer, a empobrecerse, a disminuirse. La historia nos muestra que la vitalidad de las culturas es su intercambio, su apertura para dar y recibir de otras experiencias. Por lo demás, la única manera de preservar la identidad real y profunda de los pueblos consiste hoy en abrirse, en transitar por otros tiempos, en nutrirse de otras estéticas, de otras almas, de otras maneras. Si no fuera así estarían condenados a empequeñecerse y a morir, sentenciados inapelablemente a la extinción.